

Las *Divagaciones itálicas* de José María Izquierdo

Tomada en su conjunto, la prensa constituye, sin duda alguna, el mayor depósito de materiales para el conocimiento de la Edad Moderna; [...] la prensa considerada como fenómeno histórico-cultural, se encuentra tan enlazada a la Modernidad que sin ella no podría explicarse el proceso y los contenidos sociales y espirituales que la llenan; y con ella, en cambio, quedan comprendidos en lo esencial.

Francisco Ayala.¹

La presente edición de *Divagaciones Itálicas* de José María Izquierdo, gracias a la labor de recuperación por parte del Ateneo de Sevilla de uno de sus ateneístas más queridos, se convierte en una ocasión para el “re-conocimiento” de la figura del autor como uno de los más destacados intelectuales andaluces de primeros del siglo XX.

A más de setenta años de distancia, las crónicas enviadas al *Noticiero sevillano*, resultado de su estancia en Italia a mediados de 1921, no sólo informan de aspectos relevantes de la crónica histórica, social y cultural, bajo la forma de reportaje marcado con el sello personal del autor; no sólo conservan el interés de conocer de cerca acontecimientos significativos de los que José María informaba puntualmente a los lectores sevillanos; no sólo se presentan como bocetos de otros pensamientos que, si el marco de publicación (la urgencia y la brevedad de la columna) y, sobre todo, la muerte ignorada y próxima no lo hubieran impedido, figurarían en la actualidad como elaborada recopilación posterior y, sin duda, ocuparían, junto a *Divagando por la ciudad de la Gracia*, un lugar de honor en el conjunto de su producción literaria.

Y es que estas *crónicas desde Italia* conservan aún hoy todo el valor testimonial de una parte de la historia occidental, en concreto, de una etapa crucial de la historia del siglo XX en Italia, al tiempo que bajo la forma de

¹ Francisco Ayala, *La Retórica del periodismo y otras retóricas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985, p. 122.

crónica y reportaje de viaje de la mano de José María Izquierdo, inscriben directamente al autor en la larga tradición cultural, perteneciente a todos los países y a todos los tiempos, en la que se funden el periodismo y la literatura.

Periodistas y escritores: los cuadernos y la literatura de viaje

Definitivamente debemos despedirnos del itinerario imaginado. Irá a unirse a todo lo proyectado que no logramos proyectar en la realidad. En vano intentamos articularlo. La noticia, la crónica de la actualidad, ha vencido a la noción, a la divagación emocionada. Podríamos explicarnos la derrota con la hipótesis del espacio tridimensional, con la teoría de la relatividad. Mientras se divaga cinematícamente, cuando el espectador es un caminante y sigue su ruta peregrina, las cosas –las ciudades, los paisajes– aparecen estáticos o pasan en dirección inversa, a redrotiempo; el viajero los sitúa en plano intemporal –en el del arte o en el de la arqueología–, porque el pasado histórico ya está hecho y en cierto modo no es tiempo. Pero cuando el observador se fija en un punto, entonces las cosas se animan, se suceden, acontecen, ocurren; hacen su derrota hacia el que dejó su derrotero; y el espectador ha de seguir su curso. La divagación deviene noticiero.

(Divagación XVIII, “Noticiero social: il popolo)

Tal como describe José María Izquierdo en esta breve reflexión en torno a los conceptos de *divagación* y *noticiero*, son extremadamente sutiles los límites de separación entre el periodismo y la literatura. Una metáfora hoy muy difundida entre los estudiosos del tema,² se refiere a estos dos ámbitos de la cultura con la imagen “del tronco y la rama”, en el sentido de que prácticamente no pueden entenderse lo uno sin lo otro.

Como es bien sabido, ya desde los orígenes del periodismo moderno, incluso limitada al ámbito español, es interminable la lista de escritores de reconocido prestigio que trabajan regularmente en la prensa. De hecho, en estos casos podría pensarse en una perfecta simbiosis que, por un lado, proporciona

² Véase por ejemplo, Acosta Montoro, Albert Chillón o Andrés Sorell de entre los autores citados en la bibliografía final.

una tirada mayor al diario y, por el otro, además de un medio seguro de ganarse la vida, representa una magnífica catapulta hacia la popularidad para el escritor; del mismo modo que, en sentido inverso, un buen número de escritores reconocidos lo han sido sólo después de trabajar durante años en el único oficio de periodistas de un diario, gracias a lo cual han tenido, además, la ocasión de ejercitar su verdadera vocación de escritor. Y la interconexión evidente no termina con el protagonismo compartido de una doble actividad, pues el desarrollo de los modelos, las tendencias, las escuelas y las técnicas de la literatura y del periodismo se ha visto siempre influenciado en las dos direcciones, haciendo que la literatura y el periodismo, a lo largo de un permanente proceso de transformación se hayan alimentado mutuamente hasta llegar a ser lo que conocemos en la actualidad.

A finales del siglo XIX y primeros del XX el periodismo conocerá uno de los momentos más significativos de conexión entre la prosa literaria y periodística en general. Coincidiendo con las grandes transformaciones históricas y el nacimiento de los medios de comunicación de masas, primero en Estados Unidos y luego en toda Europa, el periodismo de la época, asistirá al fortalecimiento de la alianza entre el periodismo informativo y la narrativa de ficción, bajo la forma del reportaje novelado.

En esta nueva etapa se redefine el periodismo como vocación y como profesión, a lo que contribuirá decididamente la figura del nuevo reportero: un joven ambicioso, formado, que trabaja con pasión y que aspira a transformar en novela sus experiencias como cronista. Lo que se pretende es que “la página del diario ponga al desnudo aquello que llamamos realidad, del mismo modo que podían desvelarla las ciencias naturales o las ciencias sociales” (Papuzzi: 20). Por citar unos cuantos nombres, a esta época pertenecen Theodore Dreiser, Jack London, Stephen Crane, Willa Cather, Ernest Hemingway, John Dos Passos, o los más cercanos Ortega y Gasset, Azorín, José María Sagarra, Emilia Pardo Bazán, Eugeni D’Ors, Joseph Pla, y el gran admirado y amigo de José María Izquierdo, Joan Maragall, todos ellos intelectuales y escritores que crecieron alternando el ejercicio del periodismo y la literatura.

Será a partir de los nuevos conceptos de *noticia como mercancía* y de *periodismo como negocio*, como podrá explicarse el recurrir a la publicación de narraciones de ficción escritas por autores conocidos, o bien, relatos novelados sobre la actualidad informativa, bajo la forma de “historias de interés humano, noticias noveladas, reportajes y crónicas de viajes, sucesos y otros asuntos susceptibles de ser narrados por medio de las técnicas de la novela y del entonces floreciente relato breve” (Chillón:144).

Por otra parte, desde el punto de vista literario, no puede olvidarse que el naturalismo imperante veía en la observación directa de la realidad social un recurso imprescindible para la novela. Y, como se ha señalado en diversas ocasiones, muchos de los reporteros recurrieron al legado de Zola, Dickens o Balzac, desarrollando una nueva actitud literaria ligada a la investigación exhaustiva, a una nueva forma de conjugar los hechos verificados con la imaginación creadora. Todo ello, unido a la ya larga tradición de los *features*³ “permitía a los periodistas-escritores no sólo una gran libertad creativa en lo referente a la composición y el estilo de la pieza, sino también la posibilidad de abandonar la referencia verista a hechos o historias realmente sucedidos a favor de la imaginación configuradora” (Chillón: 148).

A este marco vendrá a unirse tristemente la figura del corresponsal de guerra⁴ que nace, en primer lugar, por la necesidad de informar de todo lo omitido por los partes oficiales de guerra y la censura militar, y en segundo lugar, porque la guerra es vista como una gran fábrica de imágenes novelescas que el diario ofrece a los lectores con la finalidad de aumentar su difusión. El corresponsal de guerra era una máquina narrativa en una época que no pedía análisis políticos sino descripciones, evocaciones, hechos e historias.

La historia será ahora la crónica que se transforma en relato y el diario añade a su función de informar e interpretar la realidad, la función de entretener.

³ Con este término se alude a uno de los grandes géneros del periodismo, opuesto por definición al género *news*. Este último hace referencia a la base, al esqueleto de la comunicación periodística, mientras que aquél se relaciona con todo lo que escapa al primero, es decir, con acontecimientos relativos a política interna o internacional, negocios, finanzas o sucesos. Además, desde el punto de vista del contenido, los *features* se centran en la emoción y buscan una respuesta en el lector.

⁴ La figura más destaca de este periodo es la de John Reed (1887-1920), corresponsal del *Times* durante la Revolución mejicana de Pancho Villa y durante la Revolución Rusa.

Lo que viene a determinar de un modo especial este periodo - por algunos definido como “la edad del reportero”- es “la introducción de la ficción en el mundo de la noticia, o lo que es lo mismo, de la literatura en el universo de la noticia, ampliando el territorio y los límites de la información” (Papuzzi: 19).

Por supuesto, también se cuenta con los aspectos costumbristas y culturales propios de una colectividad, cuestiones sociales, cambios y transformaciones, destinados más al entretenimiento que al análisis, colocando en primer plano el placer por la lectura y no la precisión en la descripción de los hechos y su interpretación.

En general, este tipo de producción literaria y periodística, no es un ensayo, ni siquiera un reportaje; es más bien una historia que deja mucho espacio a la creatividad interpretativa del periodista y a la fuerza seductora de su relato y que conduciría unos años más tarde, ya hacia la segunda mitad del siglo XX, a lo que se conoce como *New Journalism*, caracterizado por la concepción estética de la noticia y la contribución de figuras de la talla de Tom Wolfe y Truman Capote, quienes, al igual que otros muchos, terminarán siendo reconocidos como grandes escritores en América y en Europa.

Además del realismo y del naturalismo imperantes en la narrativa de esta época, otras formas de escritura, especialmente los géneros de tipo testimonial (el diario, el relato de viajes, el ensayo, la literatura epistolar, etc.) influyeron en la nueva concepción del periodismo literario. Éste, según Albert Chillón, desde sus comienzos “recibió aportaciones de la vieja crónica literaria y de su moderna adaptación periodística: del cuadro y del artículo de costumbres, de las modalidades autobiográficas, [...] de algunas formas literarias fronterizas entre la fabulación y el testimonio” (Chillón: 108) que darán origen a lo que se conoce como *cahiers*.

Así, ya a mediados del XIX España cuenta con un periodismo cultivado por escritores importantes que tiene como finalidad divertir e ilustrar a los lectores de la época. En estos textos se intercalan relatos históricos y científicos junto a otros de carácter exótico y narraciones de viajes, la mayoría de las veces acompañados de grabados que permiten percibir mejor la información sobre la

materia desconocida. Uno de los mejores ejemplos puede ser *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857 fundado por Mesonero Romanos).

Al mismo tiempo se editan en prensa relatos de viajes a otros países y dentro del territorio español, de modo que, ya en el siglo XX es habitual la publicación de este tipo de textos, unas veces con una clara intención esencialmente informativa (Josep Pla o de Julio Camba) otras con una mayor carga de opinión, y, en la mayoría de los casos, base de recopilaciones futuras. Algunos ejemplos que ilustran la situación en el primer cuarto del siglo XX: Vicente Vera, *Un viaje al Tranvaal durante la guerra* de 1902, que recoge las crónicas de la guerra entre Alemanes y Holandeses contra la armada británica por la Independencia de Sudáfrica; Luis Bello y Trompeta con *El tributo de París* de 1907 que reúne sus impresiones de Francia, anteriormente publicadas en la hoja del lunes del *Imparcial*; Luis de Oteyza, con *El tapiz mágico. Reportajes mundiales* del periódico *Libertad* de 1929; o Ricardo Baeza *La isla de los Santos (Itinerario en Irlanda)* de 1930, resultado de un viaje realizado en 1920 y publicadas anteriormente en *El Sol*, el mismo diario donde aparecerían las impresiones de París de Ramón Gómez de la Serna.

En esos mismos años Ramón Pérez de Ayala realiza dos viajes a los Estados Unidos de los que serán resultado sus crónicas para *El Imparcial*, *La Tribuna*, *El Sol* de Madrid o *La Prensa* de Buenos Aires, luego recogidas en *El país del futuro. Mis viajes a los Estados Unidos (1913-1914) (1919-1920)*.

Por otra parte, no podemos olvidar la influencia en la cultura española de los escritores de la Generación del 98 que comienzan a viajar por España a primeros del siglo XX. A modo de réplica a las publicaciones de escritores extranjeros (los únicos que hasta entonces se habían preocupado de las costumbres y la fisonomía del país),⁵ y movidos por la necesidad de ofrecer la España invisible,⁶ Azorín, Pío Baroja o Unamuno, publicarán sus reportajes y libros de viaje por España. La influencia de Giner de los Ríos y la Institución

⁵ Richard Ford Washintong Irving, Merimée, Gautier o Dumas, entre otros.

⁶ Véase, Ramón F. Llorens García, *Los libros de viajes de Miguel de Unamuno*, en <http://www.cervantesvirtual.com>

Libre de Enseñanza (a la que se debe la divulgación del viaje, la creación de sociedades excursionista, la publicación de boletines informativos, etc.) se deja ver en la importancia atribuida al paisaje como *cuerpo físico de la patria* y al viaje como “la mejor escuela que cabe aceptar”. Enlazando con estos planteamientos, desde Italia José María Izquierdo informa a los lectores del *Noticiero* de que “el Parlamento va a tratar de algo más serio y de más trascendencia que todas las cuestiones en que suele perder su tiempo: de la protección del paisaje”, puesto que también para él “El paisaje es la faz de la sagrada patria” (XXIII *Noticiero de Gacetillas*).

De la mano de los escritores intelectuales y periodistas se iniciará la larga tradición de reportajes y literatura de viajes a la que José María Izquierdo pertenece. Serán modelo para los escritores de la época y de los siglos posteriores los relatos del viaje a Italia de Montaigne, Goethe⁷, Shendalt, Byron Heine, Ruskin, como muy probablemente, también para José María, los de otros escritores-viajeros españoles cercanos en el tiempo de cuyo viaje a Italia o a otros países de Europa surgirían estupendos libros de viajes o crónicas periodísticas. Pensamos, entre otros, en Leandro Fernández de Moratín⁸, Mesonero Romanos, Emilia Pardo Bazán, Pedro Antonio de Alarcón, Blasco Ibáñez,⁹ Joan Maragall, Rubén Darío o Miguel de Unamuno.

Paralelamente, también en esa época son muchos los viajeros italianos que vienen a España. Entre ellos se encuentran por ejemplo Edmondo De Amicis o Benedetto Croce¹⁰ y ambos (fascinados especialmente por el encanto andaluz) dejarán testimonio de su experiencia. En todos los casos, todas estas experiencias, contactos, intercambios y relatos vendrán a reforzar, especialmente

⁷ Inicia su viaje a Italia de un año y medio de duración en 1786. Recorre la península de Norte a Sur con la esperanza de que la observación de un mundo lleno de contrastes le permitiría descubrir su propio yo, por encima de los condicionamientos sociales. Es suya la famosa descripción de Italia como “el país donde florecen los limones”.

⁸ En mayo de 1792 Moratín inicia un viaje de unos seis meses durante los cuales visita Francia, Inglaterra e Italia. De sus viajes nacieron *Apuntaciones sueltas de Inglaterra y Viaje a Italia*.

⁹ Blasco Ibáñez, *En el país del arte: (tres meses en Italia)*, Valencia, Prometeo, 1916. Cabe destacar así mismo su colaboración para el diario *El pueblo* donde publica sus *Crónicas de viaje: Gibraltar, Argel, Toledo y el Escorial* (1902).

¹⁰ Benedetto Croce, *En la península ibérica. Cuadernos de viaje. 1889*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1993.

en este periodo, las ya estrechas relaciones de la cultura española e italiana en sus diferentes manifestaciones y esferas.¹¹

Profundizar brevemente en la tradición de pensadores, escritores y periodistas viajeros nos acerca al marco de publicación de *Divagaciones itálicas* de José María Izquierdo, y a partir de aquél, tanto a la naturaleza de sus cuadernos, de sus *ensayos de ensueño*, y *glosas desglosadas*, como al deseo manifiesto de su posterior recopilación. Además de lo ya citado, algunos ejemplos cercanos en el tiempo y muy significativos para los intelectuales de la época representan la figura de Mesonero Romanos,¹² que en *Semanario Pintoresco Español*, publica sus crónicas de viaje, luego recogidas en *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*, o Emilia Pardo Bazán (“la más europea de nuestras escritoras”¹³) que inicia sus relatos de viaje en 1873 con el hasta hace poco inédito *Apuntes de viaje. De España a Ginebra*, al que seguirían *Mi romería (Recuerdos de viaje)* (1888), *Al pie de la torre Eiffel* (1889), *Por Francia y por Alemania* (1889), *Por la España pintoresca* (1896), *Cuarenta días en la Exposición* (1900) y *Por la Europa católica* (1902).

En definitiva, las *Divagaciones itálicas* de José María Izquierdo, publicadas en *El Noticiero sevillano*¹⁴ durante su estancia en Italia a mediados de 1921, respondiendo al interés de los intelectuales, los escritores y la prensa de la época, constituyen un magnífico ejemplo de encuentro entre el periodismo y la literatura. Esta especie de fusión de *crónica* y *divagación*, bajo la forma de

¹¹ A propósito de los escritores españoles en Italia, especialmente de los que pudieron ser referencia para José María Izquierdo, así como la influencia de la cultura italiana en nuestros pensadores, véase Vicente González Martín, *Ensayos de literatura comparada italo-española (la cultura italiana en Ramón Pérez de Ayala y Vicente Blasco Ibáñez)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1979.

¹² Véase Enrique Rubio Cremades, “Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica de 1840 y 1841” de Ramón Mesonero Romanos, en <http://www.cervantesvirtual.com>.

¹³ Véase José Manuel González Herrán, *Un inédito de Emilia Pardo Bazán: “Apuntes de un viaje. De España a Ginebra”* en <http://www.cervantesvirtual.com>, y en especial, para su viaje a Italia *Mi Romería*

¹⁴ Para un mejor conocimiento de la prensa española y andaluza, véase María Cruz Seoane, *Historia del periodismo en España, El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1996 y Antonio Checa Godoy, *Historia de la prensa andaluza*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1991 que incluyen al *Noticiero sevillano* entre los periódicos más importantes de su tiempo.

cuadernos, de registros de notas de lectura y trabajo, anotaciones de reflexiones generales, nos da la clave para entender la forma en que el intelectual sevillano aborda e interpreta la realidad: “Las divagaciones de ahora, como las de antes, fueron escritas periodísticamente, alrededor del camino (peri-hodós)... por los caminos divergentes... de la vía de mi vida... que ha venido a ser la del ensueño amoroso...”(Barrero: 80). Su prosa periodística, literaria, ilustradora, rica en reflexiones, a medio camino entre el diario íntimo y el reportaje, “crónica de la experiencia subjetiva de la historia” (Chillón: 116), es no sólo gran valor para el historiador o el filólogo, es sobre todo, tal como señala Enrique Barrero, “periodismo de altura”.

Ahora reunidas, recuperadas del paso del tiempo y del olvido, estas notas y apuntes, *ensoñaciones*, *divagaciones* de aquel viaje, abren una senda por la que acercarnos a importantes momentos de la historia, de la cultura y del pensamiento y la vida del autor. Nos gusta pensar con él que a partir de ahora las notas de su cuaderno de viaje a Italia pueden ser *amadas con intelletto d'amore*, con esa actitud vital del intelectual sevillano, en perfecta sintonía con las palabras de Ortega y Gasset: “en los viajes se hace extremada la momentaneidad de nuestro contacto con los objetos, paisajes, figuras, palabras, y paralelamente crece y nos acongoja la pena que sentimos de que así sea. Quisiéramos de algún modo fijar algunas de aquellas cosas que pasan a escape [...] A este fin llevamos un cuadernito y un lápiz; apuntamos unas breves palabras, y cuando un día, andando el tiempo, las leemos, el paisaje, la palabra, la fisonomía que desapareció adquiere cierta supervivencia, una como espectral vida que conserva de la real ecos, remotos latidos”.

La Italia del *Gran Tour*: “artistas peregrinos y viajeros artistas”

Y para que no se diga que hemos tomado como precepto lo que Heine sólo dijo como una frase “En un viaje por Italia, no siempre se ha de hablar de Italia” diremos algo de literatura y de arte, ya que en esto Italia sigue siendo aquel “modelo de beldad” del que habló Lord Byron. (Divagación XI: De Economía)

Posiblemente *La Odisea* resume, como ninguna otra obra de la literatura universal, el significado concreto y simbólico del concepto de viaje como forma de conocimiento. El regreso a Ítaca no es sólo la llegada a una meta final sino la superación de una serie de obstáculos, pruebas y un sinfín de aventuras que, provocan en Ulises la atracción y el rechazo hacia lo desconocido y ponen a prueba su habilidad a la hora de aceptar la diversidad y adaptarse o superar situaciones imprevisibles y arriesgadas.

En todas las culturas a lo largo de la historia, partiendo de este arquetipo simbólico, el hombre ha vivido el viaje como una experiencia concreta a la que ha ido otorgando distintos significados. Uno de los más antiguos es el significado religioso (ya conocido entre las sociedades nómadas bajo la forma de viaje a lugares sagrados donde celebraban la unión con otras tribus y con la naturaleza) que en la cultura cristiana, desde los primeros siglos se concreta en el peregrinaje a Tierra Santa. La sacralización de Palestina comienza en el 326 cuando la Emperatriz Elena, madre de Constantino, visita Jerusalén y se establecen distintos itinerarios.

Por otra parte, a mediados del siglo IX, entre los cristianos se difunde el hallazgo de la tumba del Apóstol Santiago en la remota región de Galicia, por lo que, durante siglos y gracias al impulso de la Orden de Cluny, nace también el peregrinaje a Santiago de Compostela. San Francisco de Asís, Guido Cavalcanti

y el mismo Dante Alighieri son sólo un ejemplo de la larga lista de ilustres peregrinos que desde la Edad Media hasta la actualidad han visitado la tumba del Apóstol. En el caso italiano, personas de todos los estratos sociales, nobles y reyes, todos quisieron visitar Santiago y en muchas ocasiones han dejado testimonio de su experiencia en documentos muy valiosos¹⁵ que ocupan un lugar de honor en los orígenes de la moderna literatura de viajes.

En todos los casos, el sentido religioso más profundo de expiación y de fragilidad de la vida terrena e individual frente a la inmensidad y la fuerza de la naturaleza, sólo puede ser vivido por el peregrino que realiza el viaje a pie. Respaldados por la sociedad de su tiempo, los peregrinos gozaban de una serie de privilegios (exención del pago de impuestos, inmunidad a pleitos y juicios, etc.) como protagonistas de una forma de existencia temporal directamente en conexión con los presupuestos de la cultura medieval.

Las guerras de religiones de finales de la Edad Media interrumpen el peregrinaje, pero en el siglo XVIII, coincidiendo con el nacimiento de la arqueología, veremos a los primeros arqueólogos-peregrinos siguiendo las rutas establecidas en los relatos de la *Ilíada*, la *La Odisea* y La Biblia, en busca de grandes tesoros,¹⁶ hasta que a primeros del siglo XIX los ingleses Flinders Petrie y William Albright instituyen la arqueología como disciplina científica y académica. Pero, a pesar de que las excavaciones no logran sacar a la luz lo que muchos esperaban, el peregrinaje no cesa; es más al peregrino de Tierra Santa y Santiago viene a sumarse la figura del *romero*, del viajero que ha convertido a Roma en ciudad de culto sagrado.

¹⁵ El conjunto de esta producción (diarios de viaje con indicaciones del recorrido, alojamiento, distancia entre poblaciones, aventuras y desventuras, la llegada a Santiago, etc. y en algunos casos, acompañados de ilustraciones), se conoce como Literatura Odepórica y ha sido ampliamente estudiada por Isabel González Fernández. De la autora véase por ejemplo *L'importanza di Compostella nella letteratura odepórica: Viaggio da Napoli a San Giacomo di Galizia di Nicola Albani*, en Mercedes Arriaga et alii (ed.) *Italia-España-Europa, Literaturas Comparadas, Tradiciones y Traducciones*, Vol. I, Actas del XI Congreso de la Sociedad Española de Italianistas, Sevilla, Arcibel, 2005 (pp.358-376).

¹⁶ Entre los grandes nombres de la arqueología en sus orígenes figuran Lady Hester Stanhope, que excava en los lugares bíblicos buscando oro, o el americano Edwar Robinson, que llega a completar un mapa con más de doscientos lugares sagrados.

Reminiscencias del sentido religioso y ancestral del peregrinaje, perviven en las *Notas de un viaje a Italia* de Miguel de Unamuno¹⁷ (1892) donde tras referencias al mundo clásico y mitológico, a la tradición de viajeros -entre los que menciona a Leopardi o a Walter Scott- y la descripción de las ruinas de Pompeya, concluye: “Contemplando las ruinas de Pompeya y frente a ellas su verdugo que lanza bocanadas de aliento de la Madre Tierra, se siente que es la muerte un accidente de la vida, como en la desolada campiña romana, junto a las ruinas que se tienden al pie de los montes sabinos, se oye cantar a la cigarra la eternidad de la vida y lo vano de la gloria”.

Pero el viaje ha conocido además otras muchas manifestaciones que a lo largo de la Historia han otorgado a sus protagonistas identidades, significados y valores sociales diversos:¹⁸ *el caballero errante*, o el viajero en busca de aquella identidad de héroe, definida no por su pertenencia al grupo sino en relación con sus aspiraciones y su capacidad personal; *el estudioso itinerante*, bajo la forma de maestro viajero que guía al discípulo en la reconstrucción de los textos fragmentados y dispersos de la Antigüedad, hasta que en el siglo XIII, se crean las primeras universidades estables de París y Bolonia; *el humanista*, que viaja al centro de la cultura clásica y a la periferia de Europa, y en cuyos tratados entiende el viaje como complemento de la instrucción y desarrollo de la mente; *los mercaderes*, que siguen las rutas de las especias y la seda; *los exploradores y descubridores*, con los mitos del *buen salvaje* y del *hombre blanco*, mientras la civilización europea, por primera vez tiene conciencia de los límites de la cultura greco-latina y se cuestiona el principio de autoridad clásica, así como otras razones mitológicas y teológicas, para terminar abriendo sus puertas a la

¹⁷ Las relaciones de Unamuno con Italia fueron siempre intensas y constantes. Véase sobre este tema, Vicente González Martín, *La cultura italiana en Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1978. En 1889 viaja por primera vez a Italia para asistir al Primer Congreso Latino, entonces inicia la amistad con Papini, Prezzolini, y Borghese. El segundo viaje es de 1917; en esta ocasión por invitación del Gobierno italiano y acompañado de Manuel Azaña, en calidad de secretario del Ateneo de Madrid, Américo Castro, Luis Bello y Santiago Rusiñol. El objeto del viaje es mostrar la posición de neutralidad de una parte de los intelectuales españoles frente a la Primera Guerra Mundial.

¹⁸ Véase Eric J. LEED, *La mente del viaggiatore, dall'Odissea al turismo globale*, Bolonia, Il Mulino, 1992.

ciencia moderna y a los *viajeros científicos*, entre cuyos ilustres representantes se hallan Alexander von Humboldt¹⁹ o Charles Darwin.

En el siglo XVIII nace el *Grand Tour* como viaje de instrucción y de formación (y también de diversión y aventura) por Europa. La paz con España del 1604 abre a los viajeros ingleses las puertas de la Península Ibérica y de Italia que hasta entonces habían permanecido “vedadas” debido a las diferencias religiosas. El clima cultural de la Europa ilustrada favorece el cosmopolitismo y con éste, el nuevo concepto de viaje que representa el *Grand Tour*.²⁰ En parte heredero del peregrinaje religioso y científico, esta “vuelta” de dos o tres años de duración puede considerarse el antecedente del turismo. Nace como una práctica de la aristocracia que quiere ampliar su conocimiento del mundo clásico, visitando sobre todo Francia e Italia. El valor formativo del viaje, que ya era conocido desde hacía siglos, se convierte en Inglaterra a lo largo del siglo XVIII en la momento culminante del proceso de formación entre la futura clase dirigente, consciente de que gracias al contacto con otras culturas, otras formas de gobierno y otros mercados, adquiriría la capacidad de observación y los conocimientos básicos para el ejercicio del poder.

Así mismo, a finales del XVII y a lo largo del XVIII, el *Tour* empieza a entenderse como la mejor forma de profundizar en el arte; es por ello por lo que Italia se convierte de un modo especial en meta obligada de pintores, arquitectos y jóvenes de las clases acomodadas, hasta el punto de que “viaje a Italia” llega a convertirse en sinónimo de *Grand Tour*.

En este sentido, se explica la trascendencia y la influencia de los tratados de arte y los libros de viaje de Jonh Ruskin (*Las piedras de Venecia: guía estética de Venecia y Verona; Las mañanas de Florencia; El reposo de San Marcos: historia de Venecia para los raros viajeros que se ocupan todavía de sus monumentos, etc.*) y de J. Buckardt (*El Cicerón: guía de arte para la pintura*

¹⁹ En el verano de 1799 inicia su viaje a Latinoamérica desde la Coruña, con el objetivo de establecer el orden natural. A lo largo de los cinco años siguientes visita Venezuela, Colombia, La Guayana, La Amazonia, Cuba y Ecuador. Recorre más de 60.000 kilómetros, recogiendo e identificando plantas y especies y estudiando las costumbres de las poblaciones de la Amazonia. A la vuelta, se establece en París donde publica sus viajes en 35 volúmenes.

²⁰ El término fue acuñado por Richard Lassels autor de *The Voyage of Italy*, en 1670.

en Italia. *Para uso de viajeros* de 1873), como veremos, ambos clara referencia para José María Izquierdo. Por su parte, Rubén Darío nos deja sus crónicas italianas en *Peregrinaciones* (1901) y *Tierras Solares* (1903). La bibliografía manejada por el poeta menciona a Hipólito Taine (1828-1893) con su *Filosofía del Arte*, Giorgio Vasari (1511-1574) *Vida de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos*, John Ruskin (1819-1900) con *Siete lámpara de la arquitectura* y otras obras antes mencionadas, *Benvenuto Cellini (1500-1571)* con *Memorias* y los hermanos Goncourt, entre otros.

La idea de que el viaje es fuente de educación trae consigo la sistematización del viaje como currículo. Así, a mediados del siglo XVII algunos preceptores elaboran un método de observación y de registro de los hechos que indica el modo en que se debe viajar, mirar, aprender. Estas formas distinguen lo importante de lo no pertinente, establecen el esquema de la descripción y proporcionan métodos detallados con los que el viajero puede extraer lo más útil y valioso de su experiencia. El joven viajero²¹ tiene que anotar sus observaciones y enviar resúmenes a quien financia sus gastos, extraer enseñanzas prácticas, completar itinerarios establecidos, aprender otras lenguas y otras costumbres, conocer hombres importantes, conseguir audiencias de soberanos, registrar inscripciones, anécdotas, curiosidades, etc. Para ayudarles en su amplia tarea nacen los *Interrogatoria*:²² manuales de viaje con una lista de preguntas específicas a las que los viajeros deberán responder. En esta época, los ensayos de Francis Bacon llegan a convertirse en el manual didáctico del viajero.

Con el Romanticismo, Italia ofrece muchos de los aspectos que atraen el gusto de los viajeros: lo pintoresco, lo tenebroso, lo sublime y las antiguas ruinas se convierten en canon de la estética de los viajeros. A diferencia de los ilustrados, los viajeros románticos se ven atraídos además por lo nuevo y diverso, respecto a los ambientes, la historia, el arte, los rasgos étnicos y

²¹ Una curiosidad: el martillo y el cincel para estampar la firma en los lugares visitados formaban parte del equipaje de todo viajero.

²² Como, por ejemplo, *El viajero patriota* de Leopold Graf Berchthold, del 1789 que comprende más de 2.443 preguntas agrupadas en 37 categorías.

culturales del país visitado. Una de las novelas que mejor recoge estas posiciones es *Un viaje sentimental por Francia e Italia* de Laurence Sterne (1768).

Las obras de arte, los cuadros, la poesía, la novela se hacen intérpretes de este sentimiento y determinan los destinos de los viajes de estos siglos. Las localidades elegidas como etapas privilegiadas del *Grand Tour* aparecen en las obras preferidas de la aristocracia inglesa y acaban influyendo en la decisión de los viajeros y configurando su imaginario. Así, el paisaje ligur fascina a muchos lectores ingleses que eligen la *Riviera* como destino preferido.

Los románticos no viajan para escapar, sino para llegar, mediante experiencias y emociones nuevas, al corazón del arte y de la cultura, para liberarse –por lo menos momentáneamente- de las obligaciones y de la rigidez social, para liberarse de sí mismos. La tradición aristocrática del viaje se extiende a otras clases sociales, especialmente en Francia, Italia y Alemania. Comienzan a viajar personas de todas las profesiones y clases sociales: filósofos, intelectuales, aventureros, comerciantes, estudiantes, abogados, artesanos y escritores hombres y mujeres. A lo largo del siglo XIX, el *Tour* es también el viaje a la periferia de Europa, que ha desplazado el centro económico, político y cultural a los estados del Norte y a Inglaterra. El viaje tiene la finalidad de formar a la persona e introducirla en la diversidad de los lugares y la complejidad del mundo.

Comienzan a publicarse en esta época las guías de viaje, algunas universalmente conocidas, como la guía Baedeker o la Guía Azul. En 1839 Karl Baedeker publica una guía del Rin en alemán pero pronto ampliaría su campo de acción y sus libros terminaron traduciéndose a todos los idiomas. En Francia, en 1841 aparecen las guías de Adolphe Joanne y las *Guides diamants* que se transformarían más tarde en *Les guides bleus*. La guía de Italia de Baedeker era muy conocida y a ella se refieren, entre otros, Unamuno, Sigmund Freud, las hermanas Shelly y tal como veremos en sus divagaciones, el propio José María Izquierdo, quien por su parte es, así mismo, autor de una guía de Sevilla, publicada por el Ateneo con motivo de la Exposición n. 110 del 15 de junio de 1917.

El viaje se extiende a todas las capas sociales y se convierte en una etapa obligada en la formación del individuo y en una moda para las clases más acomodadas, hasta que en 1841 Cook & Sons²³ organizan la primera agencia de viajes. Ello supondrá el nacimiento del turismo de masas; entonces el viaje pierde los rasgos de aventura y descubrimiento al tiempo que el gran negocio del turismo irá conformándose y conformando la figura del turista actual.

Sin embargo, poco o nada tiene ya que ver hoy el turista inquieto, el ciudadano casi “obligado” a ocupar su tiempo libre siguiendo las premisas de moda y las ofertas de las agencias de viaje, con aquella búsqueda de lo desconocido, con el arquetipo de viaje como metáfora de la vida y forma de conocimiento que alcanza su máxima expresión en la época del *Grand Tour*. Pensando en éste, adquiere un matiz nuevo la tan usual expresión “hombre de mundo” con la que en un sentido muy positivo nos referimos a alguien a la hora de valorar su formación y su capacidad. Del algún modo, en el ámbito de la cultura este principio ha tenido y sigue teniendo validez, habiendo pasado a formar parte del substrato más profundo de todas las manifestaciones culturales. Para darnos cuenta de su alcance basta pensar, por ejemplo, cómo hasta bien entrado el siglo XX, las ediciones en una breve reseña biográfica del autor habitualmente recogen, entre los datos esenciales de tipo biográfico y académico, la referencia a los lugares visitados o los países a los que ha viajado; del mismo modo que en cualquier biografía, esta referencia será siempre una parte esencial a la hora de señalar los atributos y capacidades, la experiencia y la formación de la persona que se quiere dar a conocer.

Es de Emilia Pardo Bazán la frase «Si hablásemos con rigurosa exactitud psicológica, no diríamos *viajar* sino *viajarse*», en el sentido del placer

²³Organizan su primer viaje para llevar a los obreros ingleses a descubrir la campiña; diez años más tarde y siempre pensando en la clase obrera, el destino será la Exposición Universal de Londres en 1851. Después de estos comienzos la agencia se dirige a las clases más acomodadas proponiendo destinos cada vez más lejanos y exóticos en tren o en barco de vapor.

que supone, por el papel tan importante que juega el viaje en la formación del individuo y por la honda huella que imprime en su personalidad.²⁴

Como no podía ser de otro modo, el viaje a Italia de José María Izquierdo remite a la entonces ya larga tradición de “*artistas peregrinos y viajeros artistas*” a la que él mismo vendrá a referirse en alguna de sus crónicas. Éste, el último de sus viajes (pues sabemos que muere poco tiempo después de su vuelta) junto a los viajes anteriores de los que tenemos constancia,²⁵ nos hablan de nuevo del *Grand Tour*, en el centro de aquella tradición que conduce a la formación del intelectual de su tiempo y que en el ámbito literario cristaliza en el amplio género de la literatura de viajes a la que pertenecen sus *Cartas desde el extranjero*.

Como señala Enrique Barrero, José María adelantó el viaje al final del verano con un propósito cultural personal, siguiendo un itinerario que ya antes de realizarse, formaba parte del imaginario colectivo; así, el *divagador* “ha cruzado de sur a norte España, ha pasado por La Provenza y la Costa Azul, y después de pasear por la “Cornice”, ha divagado por casi todo el suelo itálico. Ha visitado La Liguria, La Lombardía, la región del Adige, el Véneto, la tierra redimida –Trento y Trieste-, la Emilia, la Romaña, la Toscana, la Umbría, el Lacio, la Partenopea... Quedan en perspectiva La Marca, la Apulia, la Calabria y las Islas” (Barrero: 105).

Envía sus crónicas unos dos meses después de su llegada a este “destierro de Sevilla” disculpándose por no cumplir con su propósito de ver, oír y callar; de “aprender en silencio” (Barrero: 106).

²⁴ La cita está tomada del estupendo trabajo de A. M. Freire: “Lo libros de viajes de Emilia Pardo Bazán: El hallazgo del género en la crónica periodística” en Salvador García Castañeda (ed.), *Literatura de viajes: el viejo mundo y el nuevo*, Madrid, Castalia, 1996.

²⁵ Para la vida del autor, véase además de la semblanza de Rogelio Reyes publicada en la página web del Ateneo, la reciente biografía de Enrique Barrero González, *Noticias de la vida y de la obra de José María Izquierdo*, Sevilla, Ateneo de Sevilla, 2006, donde se recogen bastantes noticias de sus viajes, en concreto a Madrid en su periodo de formación académica, a París del que hay sólo noticias indirectas, y de un periplo por Andalucía.

1921: el prelude del fascismo

Quisiéramos hablar del pueblo no representado, ni regido, ni dictado, sino en su propia y esplendorosa vida. Al lado y por encima del pueblo político de la revolución francesa, y al lado del pueblo –político a su modo – de la revolución social, está el pueblo, que es la misma nación, no abstractamente concebida como entidad histórica, mas concretamente intuida como realidad presente.

El pueblo, que siente y sufre, y lucha y se divierte, y trabaja, y canta. El pueblo, el genio, el sabio, el santo, el héroe anónimo. Il popolo.

(José María Izquierdo, *Noticiero social: il popolo*)

La historia de la Italia fascista (llamada también “*Ventennio Fascista*”) comprende el periodo histórico que va desde la toma del poder por parte de Benito Mussolini hasta el final de su dictadura, concretamente el 25 de julio de 1943, si bien, por extensión, por fascismo italiano se entiende todo el periodo comprendido entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

La Paz de Versalles no había supuesto prácticamente ningún beneficio al Estado Italiano y a finales de la Primera Guerra Mundial la situación era bastante precaria: las arcas estaban vacías, la lira se había devaluado totalmente y el coste de la vida había aumentado un 450 %. Escaseaban las materias primas y la industria se mostraba incapaz de absorber una mano de obra abundante, a la que además se habían sumado entonces los soldados ex combatientes. En un ambiente de crisis global, de conflicto, de frecuentes revueltas y descontento generalizado, especialmente entre las clases acomodadas, el fascismo halló la ocasión de instalarse.

El fascismo, cuyo nombre hace referencia al *fascio littorio* de la antigua Roma fue el movimiento constituido en Milán el 23 de marzo de 1919 en torno a la persona de Benito Mussolini, continuación de los *fasci di azione*

rivoluzionaria surgidos a principios de 1915 como fuerzas de apoyo italianas en el momento de la entrada en guerra e inspirados por el propio Mussolini, tras su expulsión del PSI (Partido Socialista Italiano). La ideología del fascismo era compleja y confusa porque en ella tenían cabida elementos muy dispares: unos derivados del nacionalismo antidemocrático y antiparlamentario; otros del sindicalismo revolucionario del francés George Sorel con su mito de la violencia, del futurismo activista e irracional. En un principio, el movimiento no se preocupó de formular una base ideológica coherente, puesto que las ideas y las doctrinas no eran más que instrumentos con los que alcanzar el consenso y, finalmente, el poder.

Era un movimiento de acción y su pragmatismo explica el carácter radical –de tendencia republicana y anticlerical- del programa expuesto el 6 de junio de 1919 que contemplaba la formación de una Asamblea Constituyente, la participación de representantes de los trabajadores en la gestión de las empresas, la jornada de ocho horas y una reforma fiscal por la cual el capital se veía fuertemente gravado y los bienes de la Iglesia confiscados. El documento, además, reclamaba el derecho de soberanía de Italia sobre Fiume y Dalmacia y proponía un cambio institucional del Estado de tipo corporativo, mediante la formación de los Consejos nacionales técnicos, del trabajo, de la industria, del transporte, de la salud, etc., elegidos por colectivos de profesionales de cada una de las ramas y con poder legislativo. Desde el principio, el fascismo se definió como un movimiento antiparlamentario y antisocialista; de hecho, una de sus primeras acciones de fuerza (con la ayuda de ex combatientes) fue el asalto y el incendio en Milán de la sede de *Avanti* (diario del Partido Socialista) el 15 de abril de 1919.

Gracias a su “inexistente ideología” el movimiento de Mussolini consiguió conquistar gradualmente un espacio cada vez más amplio, aprovechando la desorientación general y la crisis presentes en la sociedad italiana: el sentimiento de revuelta de muchos ex combatientes contra socialistas y bolcheviques que “envenenaban la patria”; la tendencia a la acción y a la lucha en los jóvenes inmersos en el clima bélico, los fermentos nacionalistas

amplificados por el mito de la *victoria mutilada*; la incapacidad de la vieja clase dominante de afrontar los problemas del momento; el sentimiento de frustración generalizado entre la pequeña burguesía ante la coyuntura económica; los problemas del proletariado ante los conflictos sociales, etc. Y, aunque las elecciones del 16 de noviembre de 1919 representaron un verdadero fracaso para los fascistas de Milán (único centro al que se presentaron con una lista propia y donde obtuvieron 4.795 votos frente a los 170.000 de los socialistas), a finales del 1919 el fascismo se había extendido desde allí a muchas ciudades del centro-norte de Italia, y contaba ya con más de un centenar de *fasci*. A mediados de 1920 el movimiento, entonces en vías de expansión, estaba presente especialmente en Trieste y en Venezia Giulia, donde había desarrollado una estructura paramilitar, articulada en *squadre* (brigadas) armadas, dedicadas al enfrentamiento con socialistas y asociaciones de las poblaciones eslavas. A finales de 1921 este modelo operativo será empleado a gran escala en el resto del país, dando lugar a lo que se conoce como *squadrismo*.

En ese tiempo, el Primer Ministro Nitti, debilitado por sus conflictivas relaciones con el partido de Sturzo (fundador en 1919 del Partido Popular Italiano) y por su impopular propuesta de aumentar el precio del pan, se vio obligado a dimitir (junio de 1920), dejando el camino libre a la “resurrección política” de Giolitti. El político piemontés se inspiró inicialmente en las líneas expuestas el 12 de octubre de 1919 en Tronero orientadas a la izquierda, con lo que se ganó el sobrenombre de “bolchevique de la Annunziata”. Pretendía continuar la política reformista de la etapa prebélica, teniendo en cuenta la nueva situación y las reivindicaciones de los trabajadores, pero siempre dentro de los límites de la democracia parlamentaria y con la intención de alcanzar la estabilización económica y social. Los puntos centrales de su proyecto eran la supervisión, primero por el Rey y luego por el Parlamento, de todo lo relativo a tratados internacionales y declaraciones de guerra (para así evitar intervenciones anteriores como la que en mayo de 1915 había supuesto que el país entrara en guerra ignorando la mayoría parlamentaria) y una importante reforma fiscal. Pero el proyecto no pudo llevarse a cabo porque Giolitti, a diferencia de lo que

ocurriera en su etapa anterior, no pudo contar con el apoyo del amplio grupo parlamentario socialista que, ante la intransigencia de la dirección, se vio obligado a negarle el voto. Buscó el apoyo de una mayoría formada por liberales demócratas y populares que, sin embargo, desaprobaban alguna de las medidas fiscales propuestas y que, al final, sólo se decidieron a prestar su apoyo a cambio de ciertas contrapartidas que buscaban proteger los intereses de la Iglesia.

Gracias a sus dotes intuitivas y moderadas, Giolitti pudo afrontar la ola de ocupación de las fábricas y también resolver el problema de Fiume. El 12 de noviembre de 1920 Italia y Yugoslavia firmaron el *Tratado de Rapallo*, que convertía a Fiume en un estado libre, otorgaba a Italia Zara y algunas islas de la Costa Dálmata y establecía la frontera en los Alpi Giulie con la inclusión de casi medio millón de eslavos en el territorio italiano. Pero D'Annunzio no reconoció el pacto y Giolitti recurrió a la fuerza ordenando a las tropas italianas atacar Fiume el 24 de Diciembre de 1920; tras algunos días de enfrentamiento (*Natale di sangue*), la resistencia de los legionarios fue derrotada y el poeta y sus hombres desarmados tuvieron que abandonar la ciudad.

Unas semanas antes, el 31 de octubre y el 7 de noviembre de 1920, habían tenido lugar las elecciones de los consejos municipales y provinciales. A primera vista, los resultados parecieron confirmar el éxito de socialistas y católicos de las elecciones de 1919; los dos partidos mayoritarios se aseguraron la dirección del 44% de los municipios del norte-centro de Italia. Aquellas elecciones indicaron un descenso inicial del PSI que prevaleció sólo en los centros de Milán y Bolonia, mientras que en las demás ciudades resultaron vencedores los “bloques nacionales”, formados por liberales y conservadores y apoyados por los fascistas, quienes para la ocasión habían organizado “brigadas de vigilancia” electoral, anuncio del posterior fenómeno del “*squadrismo*” (sistema de organización y ataque armado de las brigadas fascistas).

La crisis socialista se vio agravada a los pocos meses con la escisión de la fracción de extrema izquierda el 21 de enero de 1921 en el “Congreso de Livorno” del que nació el *Partito Comunista d'Italia*, que se convertiría poco

después en la primera fuerza de oposición al fascismo. El nuevo partido, minoritario frente al PSI, nació de la confluencia de la corriente de Bordita, del grupo del “Ordine Nuovo”, de la mayoría de los militantes de la Federación juvenil socialista y de algunos grupos de *massimalisti* (radicales de izquierdas, defensores de la rebelión del proletariado). Descontentos con la trayectoria del partido socialista y ante su incapacidad de elaborar una estrategia revolucionaria que representara una renovación radical, vieron la necesidad de formar un nuevo partido, capaz de guiar a la masa, centrado y disciplinado, siguiendo el modelo marcado por Lenin en la Tercera Internacional.

A finales del 1920 y primeros del 1921 el movimiento de Mussolini decidió aprovechar el nuevo escenario político que dibujaban el silenciamiento de la protesta obrera y campesina y el fracaso del planteamiento revolucionario de la Tercera Internacional. En esos momentos, el fascismo atrajo también a la masa de la pequeña y media burguesía urbana: ex combatientes decepcionados, comerciantes y empresarios crispados por la aparición de las cooperativas; empleados, técnicos, profesores, todos ellos animados por los sentimientos de desagravio frente a la clase obrera (siempre favorecida por la labor de sus sindicatos) y de hastío ante el panorama de huelga e inflación constantes. Estos grupos sociales creyeron que con el fascismo podrían reafirmar su papel en la sociedad, aferrándose a un movimiento político de reacción antisocialista y antidemocrática. Poco a poco, Mussolini se ganaba también la confianza de la industria, sensible a las demandas fascistas de anteponer las exigencias de la producción nacional a los conflictos sindicales y de conciliar los intereses de los productores, superando los esquemas de lucha de clases en un marco de disciplina social. Esta afinidad ideológica (a la que contribuían además las sustanciosas aportaciones de empresarios a las agrupaciones fascistas) se acentuaba a medida que los trabajadores ocupaban las fábricas.

El fascismo llegó a ser un fenómeno de masas primero en los campos de *Padania, Puglia y Toscana*. En estas zonas los fascistas se hicieron con nuevos seguidores gracias al deseo de venganza de grandes terratenientes y arrendatarios hacia las organizaciones sindicales. Supieron moverse con astucia

dividiendo a los trabajadores: los medianeros, los colonos y los mismos asalariados, cansados de tradicional método de organización del mercado del trabajo, iban haciendo suyo el lema fascista de “la tierra, para quien la trabaja”. El método empleado por los fascistas para abatir a las organizaciones sindicales agrarias –en un principio socialistas y más tarde también católicas- fue la “expedición de castigo”. Cuadrillas de camisas negras armadas viajaban en camiones desde los centros urbanos a las localidades de fuerte presencia socialista y sindical, para atacar y destruir (con el visto bueno de la autoridad local) las Cámaras de los Trabajadores, las Agrupaciones agrarias, los Círculos, Cooperativas y Casas del Pueblo; los dirigentes sindicales y políticos rojos tenían que elegir entre dimitir o beber aceite de ricino, e incluso, emigrar. Ante la situación, los braceros de muchas provincias, ahora sin líderes y sin posibilidad de defenderse, terminaron por alistarse a las organizaciones sindicales fascistas.

La ofensiva general de las cuadrillas fascistas se produjo a mediados de 1921 con la organización de miles de *expediciones de castigo* encaminadas a la destrucción de las estructuras municipales y administrativas socialistas. La victoria fascista fue fulminante por distintos motivos: en primer lugar, porque los socialistas subestimaron el fenómeno, entendiéndolo como una reacción relativamente más violenta, si bien controlable por el Estado; lo cual, junto al temor de una guerra civil, explicaría la consigna socialista de no responder a las agresiones. En segundo lugar, la complicidad encubierta y, en ocasiones, el apoyo directo a los fascistas de las autoridades civiles y militares, decididas a reprimir toda respuesta de los trabajadores. Y por último, el marcado carácter militar de las brigadas fascistas (dirigidas por ex oficiales) que actuaban con ataques-sorpresa siempre a un único objetivo (primero, el ayuntamiento, luego, toda la provincia).

Conquistados los “fortines rojos” rurales del Norte y Centro de Italia, desde mediados del 1921 los fascistas comenzaron a penetrar también en el Sur gracias al apoyo de grupos de tráfugas, dispuestos a pasar al lado vencedor,

mientras la acción de las brigadas se dirigía también a los centros más importantes, si bien sólo lograron un éxito reducido, ya que la resistencia organizada en ciudades como Milán, Turín y Génova se veía favorecida por la concentración en las fábricas y una mejor organización de los trabajadores.

Fue un gobierno débil frente al fascismo el gobierno de Giolitti. Éste no era un reaccionario y no quería identificarse con las posiciones de la derecha subversiva nacionalista y fascista hacia la que no sentía simpatía alguna. Educado en el parlamentarismo y en la vida pública, se dejó llevar por la ilusión de que el fascismo podría convertirse en la oposición del socialismo. Desde estos planteamientos, disolvió el Parlamento y convocó elecciones el 15 de mayo de 1921 con la esperanza de reducir la presencia de los populares, y sobre todo del PSI que, por lo demás, se encontraba en una situación difícil tras la escisión de Livorno y la ofensiva fascista.

El conjunto de partidos liberales afrontó la batalla electoral con la formación de “bloques nacionales” a los que se sumaron también 80 candidaturas fascistas. El plan ideado por Giolitti logró un éxito parcial: la izquierda perdió aunque menos de lo esperado, consiguiendo 138 escaños frente a los 156 de 1919 (123 de socialistas y 15 de comunistas), pero en porcentaje, la caída fue aún mayor porque la Cámara había pasado de 508 a 535 escaños; los populares obtuvieron 108 diputados frente a los 100 anteriores; los “bloques” obtuvieron 265 diputados, 10 fueron para los nacionalistas y 35 para los fascistas, que se convirtieron en los auténticos vencedores y supieron aprovechar el giro a la derecha del país. Giolitti reconoció su error y, ante la imposibilidad de gobernar con una mayoría heterogénea, dimitió el 27 de junio.

A Giolitti le sucedería Ivano Bonomi (desde julio de 1921 a febrero de 1922), uno de los fundadores en 1912 del Partido Socialista Reformista y dos años después, uno de los más acalorados defensores del intervencionismo democrático. También él intentó legalizar el fascismo, utilizándolo como instrumento antisocialista; así el 2 de agosto de 1921 consiguió que fascistas y socialistas firmaran un “pacto de pacificación” que debería poner fin al clima de guerra civil. Mussolini, preocupado por ofrecer un nuevo rostro legal del

fascismo que le facilitara el acceso al gobierno, ansiaba llegar al pacto, sin embargo, los cabecillas del fascismo rural y de las brigadas (los *ras*) no lo respetaron, decididos a concluir su obra de destrucción de las organizaciones de izquierda. Poco después, se produjo una breve crisis dentro de la Comisión Ejecutiva de los *Fasci* que se resolvió con la dimisión temporal de Mussolini, la anulación del mencionado acuerdo y la violencia sistemática de las brigadas fascistas.

Mientras el Estado liberal agonizaba, el fascismo seguía difundándose por todo el país, gracias también a la crisis económica que éste atravesaba a finales de 1921 y principios de 1922. Mussolini transforma el movimiento en Partido Nacional Fascista durante el Congreso de Roma de noviembre de 1921. Entonces, ya con más de 300.000 seguidores, dejó de un lado la demagogia y la fraseología de izquierdas por las que se había caracterizado en los inicios para presentarse abiertamente como una fuerza de derechas. Del programa definitivo destacan, en primer lugar, los principios de Nación y de Estado, como “encarnación de la Nación” y la regulación de la producción mediante Corporaciones, o bien, organismos interclasistas que dependían de la elección de los Consejos Técnicos Nacionales. Al mismo tiempo, Mussolini buscó el apoyo de la Iglesia²⁶ y de la Corona, abandonando el anticlericalismo y republicanismo iniciales.

El 1 de febrero de 1922 dimitió Bonomi, de nuevo víctima de la inestabilidad de la Cámara. Se recurrió a Luigi Facta, una figura de segunda

²⁶ El 11 de febrero de 1929 Mussolini se convertiría, según las palabras de Pio XI, en *L'uomo della Provvidenza* firmando los famosos *Patti lateranensi*. La frase con la que el Papa definió al *Duce* pesó sobre todo el Pontificado y estos acuerdos significaron el recíproco reconocimiento entre el Reino de Italia y la Ciudad de Vaticano. Entre el Fascismo y la Iglesia había existido siempre una relación hostil. Mussolini se había declarado ateo pero sabía muy bien que para gobernar Italia no podía ir contra la Iglesia y los Católicos. La Iglesia, por su parte, prefería el fascismo al comunismo. Al llegar al poder Mussolini declaró que el Fascismo no practicaba el anticlericalismo y unos días antes de la *Marcia su Roma*, informó a la Santa Sede de que no tenía nada que temer. Con la ratificación del Concordato, la religión católica fue la religión del Estado en Italia: se instituyó su enseñanza en las escuelas y se reconoció la soberanía y la independencia de la Santa Sede.

fila, sin la capacidad necesaria para afrontar los acontecimientos. Cuando el grupo de socialistas fieles a Turati se mostró dispuesto a colaborar (incluso a costa de romper con los radicales) con el gobierno para llevar a cabo una política de lucha contra el fascismo, ya era demasiado tarde: de nada sirvió la separación de reformistas y colaboracionistas del congreso de PSI de Roma el 1 de octubre de 1922 con la formación del Partido Socialista Unitario (PSUI), con Matteotti como secretario, al que se sumaron 61 diputados. El fascismo había conquistado el poder, con la teatralidad de sus reuniones y la ocupación de Ferrara, Bolonia y Cremona, llegando a su punto culminante con el fracaso de la huelga general (1-3 agosto), organizada contra la ofensiva fascista.

El 13 de agosto se formó un mando unificado de las formaciones militares fascistas, haciendo así oficial a un ejército privado ilegal pero tolerado por el gobierno. El 27 de octubre comenzó la movilización de estas fuerzas que el 28 se concentran en Roma bajo las órdenes del *Quadrivirato* compuesto por Italo Balbo, comandante de las brigadas de Ferrara, Cesare Maria De Vecchi, jefe de los fascistas turineses y monárquico convencido, Emilio De Bono, comandante de la armada durante la Primera Guerra Mundial y Michele Bianchi, secretario del partido. En un intento desesperado, Facta propone al Rey Vittorio Emanuele II proclamar el estado de sitio y movilizar al ejército para frenar la *Marcia su Roma*, pero el Rey, que dudaba de la obediencia de las fuerza armadas, no firmó el decreto y prefirió reconocer la victoria fascista, llamando a Roma a Mussolini y confiándole la formación de un nuevo gobierno. El fascismo asumía el poder con un golpe de estado en ciernes dando comienzo al *Ventennio Fascista*.

En los años 20, cuando en Alemania el nazismo era aún una fuerza marginal, el Estado Totalitario en Italia era ya una realidad consolidada en sus estructuras jurídicas (el partido único, las milicias, los sindicatos del régimen, etc.) y bien reconocible en su aspecto exterior: las reuniones de ciudadanos en

uniforme, las campañas propagandísticas orquestadas por la autoridad, la amplificación de la imagen y de la palabra del *Duce*, objeto de auténtico culto. La característica esencial del régimen fascista era la superposición de dos estructuras y dos jerarquías paralelas: la del Estado, que había conservado la estructura exterior del viejo estado monárquico, y la del Partido con infinitas ramificaciones. El nexo de unión entre las dos estructuras estaba representado por el Gran Consejo del Fascismo, órgano del partido con importantes funciones constitucionales. Por encima de todo se situaba el indiscutible poder de Mussolini en quien confluía la figura de jefe del gobierno y de *Duce* del fascismo.

Como poder totalitario, el Estado Fascista se propuso controlar todos los aspectos de la vida de los ciudadanos. Por ello dedicó grandes esfuerzos a la propaganda del régimen y a la creación de una cultura fascista capaz de impregnar todas las esferas de la vida individual y colectiva. La intervención de los medios de comunicación, la censura, la reforma de la escuela, la represión, fueron instrumentos del poder que garantizaron la difusión y la permanencia del régimen fascista.

En las décadas sucesivas (cuya exposición nos alejaría de núcleo de interés que nos ocupa) son muchos los aspectos de la vida de los italianos que podríamos recordar, invitando a la reflexión: el afán imperialista que mueve al gobierno a invadir Etiopía, las ficticias soluciones a la profunda crisis económica y al embargo internacional, la autarquía y el rechazo de lo extranjero, el exacerbado patriotismo, la censura y la represión de toda forma de resistencia, la alianza con el nazismo, el Manifiesto de la Raza y las Leyes raciales, la educación (física y mental) del perfecto fascista y de la infancia como garantía de perpetuación del régimen, etc. todos ellos encaminados a una transformación radical de la sociedad, que a finales de los años 30 condujeron a la consolidación total del Régimen Fascista y de la figura del *Duce*.

Los acontecimientos que se sucedieron hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, son de una importancia crucial no sólo para la historia de Italia, sino también, como es bien sabido, para la Historia de la cultura occidental y de toda la Humanidad.

La estancia en Italia de José María Izquierdo (de junio a diciembre de 1921) viene a coincidir en parte con el llamado Bienio Rojo,²⁷ plagado de conflictos políticos, enfrentamientos, huelgas, revueltas y represiones, que como hemos vistos, conducen desde una situación de crispación total, próxima a la guerra civil, a la llegada al poder de Benito Mussolini.

Los lectores de *Divagaciones itálicas* hallarán valiosas referencias y reflexiones en torno a aquellos acontecimientos: los congresos que van dibujando la vida política, el nacimiento del partido comunista, la propagación del fascismo, etc.; hallarán también páginas dedicadas a otras épocas que permiten entender el devenir de la realidad histórica del momento y la idiosincrasia del país (especialmente, las dedicadas a la Unificación de Italia y a la Etapa Comunal), páginas que como en tantas ocasiones, dan buena cuenta de la profunda formación del periodista Izquierdo. En general, la lectura de las divagaciones itálicas sugiere la presencia directa o indirecta e inevitable de la crónica política.

No obstante, sabemos (dado que él mismo así lo sugiere) que su cometido, es bien distinto: no era la crónica política lo que de José María esperaban *El Noticiero* y sus lectores; de ella ya se ocupaba a diario la sección de noticias del extranjero. El interés de Izquierdo se desplaza desde la crónica política a otros aspectos de la vida de los italianos que, precisamente por la gravedad de los acontecimientos en que se hallaba inmersa y los dictados del mercado de la noticia, quedaban relegados un segundo plano.

²⁷ Hemos recogido los acontecimientos más significativos del *Biennio Rosso* partiendo de C. Capra *et alii*, *Corso di Storia: l'Ottocento e il Novecento*, Florencia, Le Monnier, 1992, al que remitimos para un mayor conocimiento de todo el *Ventennio Fascista*.

Gracias a la labor del intelectual sevillano, se recuperaron para la época (como también ahora para nosotros) otros aspectos de la cotidianidad y de la cultura de la aquellos años. Con sus notas dedicadas a la literatura, a la música, al teatro, al deporte, a la emigración, a la universidad o a la historia, proponía el acercamiento a la otra esfera (no política) de la que, en menor medida los lectores del diario tenían noticia. Así, Izquierdo nos cuenta de Einstein, de su visita a Bolonia (podemos imaginar las repercusiones en la época de la teoría de la relatividad); de Dante, de las celebraciones del VI Centenario de su muerte, del homenaje al poeta italiano por antonomasia; de los espectáculos y la Ópera en *La Scala*; de Leopardi, de la Universidad de Bolonia, de Trieste, de las fiestas y los juegos populares; del *Palio* de Siena; o del estreno de ese “extraño drama” *Sei personaggi in cerca d'autore*,²⁸ haciendo de aquellos años una realidad más humana, más cercana, menos cruda...

Envuelto en un gran optimismo, José María regresa a España a finales de 1921. Muere en junio de 1922. Halcyon no volvería a deleitar a los lectores con sus divagaciones, con sus ensoñaciones, con su ironía, con la sutileza y la profundidad de su mirada.

María Dolores Ramírez Almazán

Diciembre de 2006

²⁸ No desaprovecharemos la ocasión para mencionar que en muchos trabajos se abordan las relaciones entre la obra de Pirandello y *Niebla* de Miguel de Unamuno. Véase al respecto Fabio Contu, *Il rapporto dell'autore con i suoi personaggi*, en Mercedes Arriaga et alii, *Italia-España-Europa*, op. cit., pp: 132-147.

Bibliografía

- ACOSTA MONTORO, J., *Periodismo y literatura*, Madrid, Guadarrama, 1973.
- AGUILERA AGUILERA, O., *La literatura en el periodismo*, Madrid, Paraninfo, 1992.
- ARRIAGA FLÓREZ, M.; ESTÉVEZ SAÀ, J. M.; RAMÍREZ ALMAZÁN, M. D.; TRAPASSI, L.; VERA SAURA, C., *Italia-España-Europa: Literaturas Comparadas, Tradiciones y Traducciones*, V. I y II. Sevilla, Arcibel, 2006.
- AYALA, F., *La retórica del periodismo y otras retóricas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985.
- BARRERO GONZÁLEZ, E., *Noticias de la vida y de la obra de José M. Izquierdo*, con sus manuscritos conservados por Miguel Romero Martínez, Sevilla, Ateneo de Sevilla, 2006.
- BARZINI, L., *Gli italiani*, Milán, Mondadori, 1978.
- BRILLI, A. *Quando viaggiare era un'arte: il romanzo del Gran Tour*, Bologna, il Mulino, 1995.
- CAPRA, C.; CHITTOLINI, G.; DELLA PERUTA, F., *Corso di Storia*. Vol III: *L'Ottocento e il Novecento*, Florencia, Le Monnier, 1992.
- CHECA GODOY, A. *Historia de la prensa andaluza*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1991.
- CHILLÓN, A., *Periodismo y literatura. Una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona. Universitat Autònoma de Barcelona. 1999.
- De FELICE, R. *Breve storia del fascismo*, Milán Modadori, 2000.
- DE SETA, C., *L'Italia del Grand Tour. Da Montaigne a Goethe*, Nápoles, Electa, 2001.
- DE UNAMUNO, M., *Notas de un viaje a Italia*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://www.cervantesvirtual>. (diciembre de 2006).
- GARCÍA CASTAÑEDA, S. (ed.), *Literatura de viajes: el viejo mundo y el nuevo*, Madrid, Castalia, 1996.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, I., *L'importanza di Compostella nella letteratura odeporica: Viaggio da Napoli a San Giacomo di Galizia di Nicola Albani*, en Mercedes Arriaga *et alii* (ed.), *op. cit.* pp.: 358-376.

GONZÁLEZ HERRÁN, J.M., *Un inédito de Emilia Pardo Bazán: "Apuntes de un viaje. De España a Ginebra"*, en <http://www.cervantesvirtual.com>, (diciembre de 2006).

GONZÁLEZ MARTÍN, V. *La cultura italiana en Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1978.

_____, *Ensayos de literatura comparada ítalo-española (la cultura italiana de Ramón Pérez de Ayala y Vicente Blasco-Ibáñez)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1979.

IZQUIERDO, J. M. *Divagando por la ciudad de la Gracia*, Sevilla, Ediciones del Ateneo, 1923.

LEED, E. J., *La mente del viaggiatore: dall'Odissea al turismo globale*, Bolonia, Il Mulino, 1992.

LLORENS GARCÍA, R. F., *Los libros de viajes de Miguel de Unamuno*, (diciembre de 2006) en <http://www.cervantesvirtual.com>.

MERIANI, C. *Il Senso del viaggio*, (diciembre de 2006) en <http://www.markos.it/quaderni/sensodelviaggio.htm>.

PAPUZZI, A., *Letteratura e giornalismo*, Bari, Laterza, 1998.

PROCACCI, G., *Storia degli italiani*, Bari, Laterza, 1977.

RAMÍREZ GÓMEZ, C., *Mujeres escritoras en la prensa andaluza del siglo XIX (1900-1950)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000.

REYES, R. *Izquierdo y Martínez José María (1886-1922)*, en <http://www.ateneosevilla.org/presentacion/izquierdom.shtml>, (diciembre de 2006).

RUBIO CREMADES, E., "Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica de 1840 y 1841" de Ramón Mesonero Romanos, en <http://www.cervantesvirtual.com>, (diciembre de 2006).

SEOANE, M. C., *Historia del periodismo en España*, V. III. *El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1996.

VV.AA. *Periodismo y literatura*, LA REPUBLICA DE LAS LETRAS, Revista literaria de la Asociación colegial de escritores n. 97, Agosto de 2006.